

La calle para el miércoles 14 de mayo de 2008
Diario de un espectador
El dedo de Basurto
por miguel ángel granados chapa

Por alguna causa neurológica, el dramaturgo Luis G. Basurto mostraba una variedad de tics, esos movimientos involuntarios de músculos, generalmente pero no sólo del rostro, que llegan a formar parte de la manera de ser de una persona. A Porfirio Muñoz Ledo, a quien afectan muchos de esos movimientos, se le llegó a aplicar el mote certerísimo por multívoco, de “politics”, no sólo porque tenía muchos de esos gestos sino por su condición de gran político.

Un día Basurto acudió a una recepción en la embajada francesa, donde se encontró con su gran amigo Rafael Solana. “Antes del banquete –cuenta Vicente Leñero en su habitual sección de la Revista de la Universidad, Lo que sea de cada quien—los asistentes fueron atendidos con tragos en el jardín. La plática se repartía en animados corrillos. Muy animado se veía Basurto cuando le sobrevino el inoportuno tic de la mano saltarina, que empezó a revolotear como si fuera una mariposa. Trató de controlarlo de inmediato pero como tenía ocupada la izquierda con un vaso de vodka, se aproximó a la verja que limitaba un pequeño prado e introdujo el índice de su derecha en uno de los concéntricos dibujos de fierro. Atoró allí el dedo con disimulo, como quien recurre a una pinza, y continuó con su plática todo el tiempo que dilató el aperitivo.

“Pero llegó la hora de pasar al comedor, y cuando Basurto trató de extraer el índice, advirtió con pánico que no podía zafarlo. No podía, no podía. Estaba atoradísimo. Prensado en el circulito de hierro.

“Ya se dirigían los invitados hacia el comedor, ya se iba quedando vacío el jardín, y Basurto seguía tironeando para extraer su dedo. Entre más tironeaba, más se inflamaba el apéndice. Qué angustia. Sola regresó a auxiliarlo.

--Muévele, Luis, muévele.

Nada.

--Mejor ya no le muevas, va a ser peor.

Ambos trataban de no llamar la atención de los demás, como si una fingida conversación los entretuviera, pero al poco tiempo todo el mundo cayó en la cuenta. El papelazo que estaba haciendo Basurto. Por Dios, qué barbaridad.

Llegaron edecanes, invitados, asistentes de la embajada, el embajador mismo. Trajeron agüita, jabón, vaselina. El dedo no salía. Fue preciso recurrir a un herrero, que tardó más de media hora en llegar, para salvar a Basurto del trance; del oprobio –pensaba él con el rostro enrojecido por la vergüenza. Chirrió la sierra. Aplaudió el embajador. ¡El dedo había sido liberado!

--Es la mejor comedia que le he visto a Basurto –comentó Fernández Unsain cuando terminó de contar la anécdota”.

La narró, según recuerda Leñero, en una sesión de la Sociedad general de escritores de México. La originó el que los tics del autor de Cada quien su vida fueran motivo de

conversación. Leñero mismo preguntó a Solana “por el nuevo tic que le había aparecido o se le había acentuado al exitoso autor. Me resulta impresionante porque a mayor vehemencia en sus intervenciones, más visible se hacía ese ademán involuntario...: su mano derecha se erguía de pronto, resorteando, y entonces sus dedos comenzaban a moverse con frenesí, a bailotear, a trazar arabescos en el aire. Necesita valerse de la mano izquierda para detener y bajar la derecha saltarina hasta la superficie de la mesa y poder seguir hablando como si nada ocurriese.

“Ninguno de los miembros del consejo se atrevía a hacer la menor alusión al tic para no avergonzar a Basurto. Varios nos aguantábamos la risa, porque era risa la que provocaba de momento el espectáculo; luego, lástima por el desafortunado colega, quien nunca se disculpó o se refirió a ese involuntario padecimiento.

--A Luis no le importa --respondió Solana a mi pregunta—Debe ser algo neurológico, pero ya se acostumbró.

Fue entonces cuando Fernández Unsaín, como si se tratara de un chiste, contó la anécdota”.